

ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 1.º DE FEBRERO DE 1886 →

NUM. 214

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA FLORISTA, cuadro de A. de Courten, grabado por Weber

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *El diablo lo envía* (continuación), por don Enrique Pérez Escrich. — *Trabajo humano*, por don Luis Benot. — *Viaje a Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS. — *La florista*, cuadro de A. de Courten. — *Extraviados*, dibujo de R. Catón Woodville. — *El beso matutinal*, dibujo de Echtler. — *El ataque y la fuga*, dibujos de S. Berkley. — *La noche*, alegoría de F. Lefler. — *Aprovechamiento de un wagón del camino de hierro en Inglaterra.* — *Lo que llega á ser una barca vieja en España.* — *Un gobernadorcillo.* — *Velada en casa de una familia tagala.*

NUESTROS GRABADOS

LA FLORISTA, cuadro de A. de Courten

Ni más ni menos que hay variedad de flores, hay variedad de floristas.

Las flores, en algunos casos, son mercancía; en otros casos son reclamos.

De estos casos se han dado varios; sin que ello quiera decir que no se den casos de los otros. Esto depende de varias circunstancias en que las flores hacen un papel secundario.

La variedad en el modelo ha dado lugar, naturalmente, á la variedad del tipo. En algunos, la florista tiene el aspecto de una rosa sin espinas; en algunos, muy distintos, la florista tiene mucho de la rosa, pero mucho más de la espina.

La florista de Courten pertenece, según nuestro leal entender, al último de estos géneros. Su mirada provocativa, sus labios entreabiertos por una sonrisa pícarosa, la coquetería de su traje, su actitud, su todo, en una palabra, está de tal suerte ejecutado, que las flores desaparecen por completo de la vista del espectador quien sólo acierta á ver á la florista.

Dada esa intención del artista y dado el cuadro, hay que convenir en que su autor debe ser más amigo del mercader que de la mercancía.

EXTRAVIADOS, dibujo de R. Catón Woodville

Un panorama nevado es cosa de gusto para contemplada desde la cama. Mas ocurre todo lo contrario cuando la mala suerte nos depara el papel de figuras de movimiento en un paisaje digno del Polo Norte.

Algo de esto ocurre á los personajes de nuestro grabado. Han emprendido la marcha sin contar con los inconvenientes de una gran nevada, y hélos desorientados sin saber qué camino es el suyo, precisamente porque los caminos han desaparecido bajo la nieve. Aquí de la incertidumbre, aquí de la inquietud, aquí del peligro.

El estado de ánimo de los viajeros está perfectamente reflejado en su semblante y en su actitud. El conductor está pensando: — ¿Cómo salimos del paso?... — Y la doncella, por su parte, va diciendo: — ¡Maldita la gracia que me hace el extraviado!...

Es una composición bien concebida y ejecutada con conocimiento del buen efecto. El paisaje, por lo espeso é intrincado, deja comprender la crítica situación de los viajeros; la senda, deshelada en parte, está bien tocada y produce el debido efecto. La impresión es bastante notable en el ánimo de los que examinan este dibujo y les quita las ganas de aventurarse en caminos de atajo cuando reine temporal de nieve.

EL BESO MATUTINAL, dibujo de A. Echtler

El autor de esta composición es un poeta, ni más ni menos que Virgilio fué un pintor. Es posible que ni uno ni otro se hayan apercibido de ello, pero esto no impide que sea mucha verdad. Cuando el célebre poeta mantuvo escribiendo sus *Bucólicas* y sus *Georgicas*, pintaba la naturaleza de una manera tan gráfica y con tan apropiados colores, que ningún artista le ha aventajado en ese género de cuadros. Echtler, por su parte, ha querido trazar un dibujo y ha compuesto un idilio, como no lo ha escrito más dulce el dulcísimo Meléndez.

Una casita rústica, unas campánulas que trepan libremente por los muros exteriores, un niño precioso que recibe, con inocente fruición, el beso fraternal de una niña no menos inocente; cándidas palomas revoloteando, confiadas, en torno de aquel interesante grupo; frutas, flores, y la pura luz del alba iluminando tan apacible escena... ¿Qué más interesante y completo idilio puede describir la pluma de un poeta bucólico?

¡Bien haya el artista que así siente!... ¡Bien haya quien emplea su genio en pintar esas apacibles escenas que nos hacen pensar en un mundo sin malicia y sin dolores!...

EL ATAQUE Y LA FUGA, dibujos de S. Berkley

A pesar de su gravedad y de su *spleen*, los ingleses se permiten algunas veces, ya no tan sólo decir un chiste, sino pintarlo. Y sea dicho en honor á la verdad, son unos excelentes caricaturistas; testimonio de ello puede dar su periódico *El Ponche*, que es, sin duda alguna, el primero de los satíricos de Europa, así por su texto como por sus ilustraciones. Tienen, además, los artistas ingleses, al igual que los alemanes, una habilidad especial para representar por medio del dibujo ciertas historietas y apólogos de una intención y sabor realmente notables.

Buen ejemplo de ello son los dos dibujos de Berkley que publicamos, en los cuales ha querido expresar el artista, lográndolo por completo, cuán inútil es que una docena de malandrines, tan feroces como cobardes y tan estúpidos como mal intencionados, se congreguen contra un hombre de bien, que á la tranquilidad de su conciencia una la convicción de su propio esfuerzo.

El desprecio del compositor por los follones, como dijera D. Quijote, llega á representarles por medio de repugnantes cerdos. Véase con cuán malévolos fruición saborean de antemano á la víctima que presumen tener cercada; véase con cuán tranquila indiferencia les contempla el pachón del cuadro, hasta que, agotada la paciencia del noble animal, arremete contra sus doce enemigos y les pone (dibujo segundo) en la más completa y vergonzosa fuga.

Así pasa entre animales, y así pasa, ó debiera pasar, entre pueblos cultos.

El apólogo tiene todas las condiciones apetecibles para ser tal. Y en cuanto á su ejecución, hay que convenir que no puede ser más preciosa ni más significativa.

LA NOCHE, alegoría de F. Lefler

Como alegoría no presenta novedad: el manto salpicado de estrellas y la lluvia de adormideras son los accesorios obligados en tales composiciones. No puede negarse, sin embargo, que ese amorcillo está pintado hábilmente y que su autor pudiera solicitar para su obra el ciclo raso de una de esas bellísimas alcobas que decoraron tan brillantemente los pintores de la época de Luis XV.

APROVECHAMIENTO

de los wagones viejos y de las barcas viejas

Los rápidos progresos en la construcción de los caminos de hierro han apresurado la caducidad de muchos vehículos que, considerados como muy seguros y cómodos por nuestros padres, no responden ya á las necesidades y al *confort*, como dirían los ingleses, exigidos en la actualidad; de modo que para las empresas no es pequeña dificultad desembarazarse de ese vetusto material. Sabido es que á varias compañías, no nombramos ninguna, les parece ventajoso aprovecharle hasta que se inutiliza del todo para el servicio; pero felizmente, no todas proceden del mismo modo. Las más importantes y emprendedoras destruyen los coches más viejos y conservan los menos malos para los trenes de excursión, para el tráfico y las líneas secundarias; mientras que los tipos nuevos se emplean para el servicio de las líneas principales.

Algunos de estos vehículos viejos se utilizan en Inglaterra para formar coches de freno, ó depósitos de útiles para la reparación y conservación de las vías; otros se emplean como vehículos para conducir el pescado ó la carne, pero en este caso, prestan mal servicio, porque los sobrecargan demasiado y se deterioran rápidamente.

Cuando al fin acaban de rodar, su existencia comienza á ser tranquila y reposada, si hemos de creer al *Mundo Mecánico*, del que tomamos estos detalles.

Se quitan las ruedas y los resortes, y utilizase entonces la caja como si fuera una especie de camarote ó refugio en las estaciones, en los pasos á nivel: allí es donde suelen reunirse los empleados para charlar un rato y fumar una pipada, como ellos dicen, entre el paso de dos trenes. Algunos de estos vehículos mutilados presentan un conjunto más pintoresco: colocados en medio de un jardín, los cubren de plantas trepadoras; y el interior, de donde se han sacado las separaciones y los asientos, constituye un cómodo salón de verano.

Los wagones viejos se utilizan poco fuera de los caminos de hierro, y sin embargo, podrían prestar muchos servicios para formar cabanas de pastores, lecherías, gallineros, palomares, etc. En Inglaterra existe uno de estos antiguos wagones, que sirve de cobertizo de báscula: la figura I representa esta instalación singular y auténtica.

¿Cuántas cosas podrían decirnos los wagones viejos, si hablasen, desde las causas de los accidentes hasta las numerosas conversaciones de que han sido oyentes indiscretos! Sin embargo, pronto ó tarde, estos vetustos vehículos sufren la suerte fatal y son demolidos; quítanse los cristales, las asas y las cerraduras; desmóntase la madera, que se utiliza para combustible, y aquéllas se venden como hierro viejo, juntamente con los ejes que no tienen suficiente diámetro para servir otra vez, atendidas las actuales exigencias de seguridad.

Las partes que se pueden aprovechar para los coches nuevos, son pocas numerosas; reduciéndose casi á los cristales, la crin de los almohadones, después de limpiarla bien, y los cubos de las ruedas. Todo lo demás se vende como material viejo.

Así terminan su existencia los wagones.

En cuanto á los barcos viejos, su fin no es menos original algunas veces, como lo hemos observado en un reciente viaje.

Al ir de Perpignan á Barcelona, si en la bifurcación del Empalme se sigue la línea del litoral, todo el trayecto ofrece mucho atractivo. A la izquierda extiéndese el Mediterráneo sin límites; la vía férrea costea el mar tan de cerca, que á veces las olas lamen las ruedas del tren; y á la derecha, risueños é inundados de sol, los pueblecillos se suceden rápidamente. Algunos de sus habitantes, pescadores de oficio, aprovechan las embarcaciones viejas de una manera muy singular: después de aserrarlas transversalmente, las tumban en la playa, y conviértelas en cabañas muy pintorescas; tres ó cuatro malas tablas, toscamente unidas, forman un cañón de chimenea; y algunas velas viejas, ó un poco de ramaje, unido con arcilla, sirven para tapar la abertura por donde se penetra en esas singulares viviendas (fig. 2). Los viajeros que hayan recorrido el corto trayecto desde el Empalme á Barcelona, habrán observado seguramente esta ingeniosa manera de formar una vivienda con poco gasto.

EL DIABLO LO ENVÍA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

—Sí, ya sé yo que ese es el apodo que se da en estos contornos á los dueños de la *Venta del Sol*, pero los apodos ni rompen ningún hueso ni deshonoran y prueba de ello que muchos reyes los han tenido.

La posadera guardó silencio.

Hubo una corta pausa y el desconocido volvió á decir: — Cuando un viajero tiene hambre ¿qué come en esta posada?

— Pues come lo que hay en la casa, — dijo el tío Orejón acercándose hacia la lumbre. — Sólo que los tiempos están tan malos y los trajinantes nos tienen tan olvidados que la despensa de la *Venta del Sol* anda algo escasa.

— Sí, eso me han dicho en Guadix y aun me han aconsejado que pasara sin detenerme en la *Venta del Sol* y fuera á la del *Violín* que está una legua corta más hacia Castilla.

Y clavando los ojos en el ventero y en Serafina, como si quisiera estudiar el efecto de sus palabras, añadió:

— Según he podido comprender, al tío Orejón y á su familia no les faltan enemigos en Guadix.

— Sí señor, esa es la verdad, — contestó el ventero con acento sordo y frunciendo las cejas; — pero son enemigos cobardes que hacen el daño y ocultan la cara, porque ninguno de ellos es capaz de ponerse delante del tío Orejón.

El desconocido sacó del bolsillo del pecho de la zamarra una enorme petaca de plata y de ella dos cigarros puros alargando uno al posadero.

— De estos habrá V. fumado pocos, buen amigo, — le dijo.

El tío Orejón examinó con detenimiento el cigarro á la luz del candil, y contestó:

— Estos no se venden en el estanco.

— No señor, se venden á muchos miles de leguas de aquí.

El desconocido cogió una ascua con las tenazas y encendió su cigarro.

Aprovechemos este momento para decir, que aquel hombre tendría de treinta á treinta y cuatro años de edad; su fisonomía era vulgar, poco distinguida, su color extremadamente moreno y su barba negra.

Su traje se reducía á una zamarra negra de piel de cor-

dero, un chaleco de terciopelo escocés, un pantalón de *patencour* de color claro, un sombrero calañés y una capa con embozos de piel de astracán.

Llevaba al cinto un par de pistolas de arzón con las monturas de plata, armas que debían ser de mucho precio y en las que el tío Orejón había fijado más de una vez sus ojos.

Todo el atalaje del viajero era costoso, pero revelaba mal gusto al primer golpe de vista.

— Pues sí, — añadió el forastero, despidiendo una bocanada de humo, — me aconsejaron que pasara á lo largo por delante de la *Venta del Sol* como se pasa por un sitio peligroso, pero como yo había ofrecido á un amigo íntimo, allá en América, visitar al tío Orejón y á su familia, le cumplo la palabra y aquí estoy.

— ¡En América!... — repitió el posadero mirando alternativamente al desconocido, á Serafina y á la tía Orejona.

— ¿Y quién me conoce á mí en América?

El desconocido, que conservaba las largas tenazas en la mano derecha y el cigarro puro en la izquierda, clavó sus ojos en el posadero, y sonriéndose y dándose al mismo tiempo golpecitos en la punta de su bota con las tenazas, añadió:

— Muy flaco de memoria es V., tío Orejón, pues ya no se acuerda de que una tarde, hace veinticinco años, vendió por ocho duros y un mantón de lana á su hijo Genaro y que á este hijo se lo llevaron poco después á América.

— ¡A mi hijo!... ¡A Genaro!... ¿Y quién le ha dicho á usted que yo vendí á mi hijo? — repuso el posadero clavando una mirada amenazadora en el desconocido.

La tía Orejona y su hija escuchaban con aparente frialdad el diálogo.

— Toma, me lo ha dicho el mismo Genaro, — contestó con calma el forastero.

— ¿Entonces mi hijo Genaro vive? — preguntó el tío Orejón, sin que en aquella pregunta dejara traslucir ni un átomo de ternura paternal.

— Ya lo creo que vive, — añadió el forastero dirigiendo una mirada á la tía Orejona que permanecía inmóvil y muda como si no se tratara del hijo que había nutrido en sus entrañas.

— ¿Y qué tal le va por América? — preguntó Serafina, aconsejada más por la codicia que por el cariño.

— Pst, así así; Genaro se dedica al comercio, compra y vende, gana y pierde, tiene alternativas y algunas veces le sobran cien onzas, y otras le falta un peso duro.

— Siempre lo pasará mejor que si estuviera en España, — añadió Serafina; — hace bien en permanecer allí.

— Pues Genaro no deja de acordarse de su tierra, y á pesar de las alzas y bajas que experimenta, como todo el que se dedica á negociar, cuando yo le indiqué que me venía á España, me dijo: «Bautista: yo debo tener allá al pié de Sierra Nevada, un padre, una madre y una hermana. Se les conoce en la comarca por la familia de los Orejones y supongo que aun seguirán siendo los amos de la *Venta del Sol*, como cuando yo era pequeñuelo y vivía con ellos. Quisiera por tanto que les llevaras, para que sepan que me acuerdo de ellos, unos regalos y un poco de dinero.»

El forastero hablaba con mucha pausa, fumando su tabaco, y dirigiendo miradas recelosas á los Orejones que poco á poco se iban acercando al huésped atraídos por el interés de la codicia.

El desconocido continuó de este modo:

— «Si mis padres existen díles también que aunque me vendieron siendo niño, yo no les guardo ningún rencor y sigo queriéndoles de todo corazón, porque no desconozco que la pobreza y la necesidad aconsejan á veces cosas que están reñidas con las buenas intenciones de los hombres y las mujeres.»

— ¿Con que dice V. que mi hijo Genaro le ha entregado para nosotros algún dinero y unos regalitos? — preguntó el tío Orejón desentendiéndose de la ternura de padre que tan vivamente ofendía la segunda parte del discurso del forastero.

— Sí, seis onzas de oro que me ha encargado Genaro distribuya del modo siguiente: cuatro onzas para su padre, una para su madre y otra para su hermana, y además unos pañuelos de seda y dos pares de pendientes.

— ¿Y nos trae V. ahora ese dinero? — preguntó con avaricia el tío Orejón.

Bautista, pues seguiremos llamándole con este nombre que él mismo se había dado, miró con severidad al posadero, y dijo:

— Pues es claro que lo traigo, no vengo á otra cosa sino á cumplir los encargos de Genaro, como espero cumplir otros que me dió para averiguar ciertas cosas que han llegado á sus oídos y á las cuales él no quiere dar crédito.

La familia de los Orejones estaba tan preocupada con las onzas y los regalos de Genaro, que no dieron la menor importancia á las palabras de doble sentido que acababa de pronunciar el huésped.

Bautista sacó un ancho y largo bolsillo de torzal verde y lo dejó sobre la pequeña mesa de pino que tenía al lado. Sacó asimismo de una de las bolsas de las alforjas un paquete cuidadosamente atado y lo puso junto al bolsillo.

El tío Orejón, su mujer y su hija, no apartaban las codiciosas miradas del repleto bolsillo del forastero, tal vez lleno de oro y que su dueño con tanta indiferencia había dejado sobre la mesa.

Más de una vez las miradas de Serafina se habían encontrado con las de su padre, como si quisieran decirle: — ¿A qué esperamos?

Pero el tío Orejón le contestaba del mismo modo:

—Ten paciencia.
 Bautista corrió con calma una de las anillas del bolsillo y lo vació sobre la mesa por donde rodaron treinta ó cuarenta onzas de oro con gran asombro de los venteros.
 Entonces estuvo eligiendo con gran calma seis de aquellas monedas que brillaban á los débiles rayos del candil; asombraba á los *Orejones* la gran confianza que el desconocido ponía en ellos.
 —Estas son las seis onzas que me dió Genaro: yo las hice una señal con tinta porque tenía el gusto de entregar á Vds. las mismas que él me había entregado. Tome usted, tío *Orejón*, sus cuatro onzas; tome V., tía *Orejona*, y usted Serafina, esta otra. No es mala ganga tener un hijo en América.
 Los *Orejones* se apoderaron de las onzas con tan brutal avaricia, que Bautista se sonrió con marcada expresión de tristeza.
 Aquellos tres seres degradados, aquellas tres fieras con forma humana, ni siquiera le dirigieron una frase de agradecimiento y ternura al pobre Genaro que desde lejanas tierras se acordaba de unos padres que habían cometido la incalificable infamia de vender á su hijo.
 Bautista, á quien indudablemente preocupaba la dureza de corazón de los venteros, comenzó á desdoblarse poco á poco el paquete y sacó de él seis pañuelos de seda y dos pequeños estuches forrados de terciopelo.
 —Aquí tienen Vds. estos pañuelos y estos dos pares de pendientes,—añadió dirigiéndose á la tía *Orejona* y á Serafina.—Genaro me ha dicho que primero elija su madre tres pañuelos y unos pendientes y le dé los otros á Serafina, porque primero debe ser la madre que la hija.
 Serafina era de tan mala ralea, corría por sus venas una sangre tan podrida, que frunció el ceño de un modo marcado, indignada de la preferencia que su hermano le daba á su madre.
 Bautista observaba esta baja envidia, pero nada dijo, y como si comenzara á temer de la gente que le rodeaba, ponía de vez en cuando su mano derecha en una de la culata de sus pistolas.
 Mientras tanto la tía *Orejona* desdoblaba y abría los estuches, lanzando gritos de gozo, no por su hijo Genaro, sino por el valor del regalo.
 Serafina, que se hallaba á su lado, decía refunfuñando en voz baja:
 —Yo que soy joven debería elegir primero.
 —Tú te aguantas y te callas, si no quieres que de un revés te pegue á la pared,—dijo la tía *Orejona*;—yo soy la madre y elijo primero.
 —Siempre me dejará V. lo peor.
 —Envidiosa.
 Serafina dirigió una mirada feroz á su madre, y fué á sentarse en el rincón más oscuro del hogar.
 Bautista no perdía ni un solo detalle de aquella escena tan poco edificante.
 El tío *Orejón* había guardado las cuatro onzas en la faja y callaba, pero su silencio tenía algo de sombrío, de amenazador, y con frecuencia dirigía oblicuas miradas hacia el bolsillo del huésped que se hallaba sobre la mesa.
 —¿De modo,—añadió Bautista guardándose el bolsillo con gran calma,—que en la *Venta del Sol* no hay nada esta noche que cenar?
 —Aunque me causa mucha vergüenza el decirlo,—contestó el ventero bajando los ojos hipócritamente,—nada puedo servir á un huésped, á quien juro por Dios y por mi alma que quisiera tratar á cuerpo de rey. Mañana será otra cosa, porque con el dinero que nos ha mandado Genaro compraremos algunas provisiones.
 —Hombre prevenido vale por dos,—añadió Bautista.
 —Como en Guadix me hablaron tan mal de la *Venta del Sol*, compré una gallina asada, un pedazo de carne fiambre, un pan de dos libras y un par de botellas de amonillado seco, y vamos á cenar al amor de la lumbre brindando á la salud de Genaro, que no serán pocas las preguntas que me haga de su familia, cuando vuelva á América.
 Bautista sacó de las alforjas las provisiones, y fué colocándolas sobre la mesa.
 —Nosotros hemos cenado ya,—dijo el ventero mirando con avaricia los manjares.
 —Y eso ¿qué importa?... Cuando se cena mal, conviene cenar otra vez.
 Y Bautista, sacando una navaja, comenzó á trinchar la gallina y á hacer pedazos la carne.
 —Sinfioriana, Serafina, venid á tomar una tajada y un trago, que este señor nos convida,—dijo el tío *Orejón* dirigiéndose á las mujeres.
 —Yo no tengo ganas,—contestó la ventera que se hallaba embobada en la contemplación del regalo que le había mandado su hijo.
 —Ni yo tampoco,—refunfuñó Serafina que no apartaba los ojos de un pañuelo fondo color de oro con cenefa carmesí que había elegido su madre.
 —Vaya, no lo dejen Vds. por cortedad.
 —Gracias, he dicho que no tengo gana,—repuso la tía *Orejona* con su aspereza acostumbrada.
 —Déjelas V.; el regalo las ha quitado el apetito; así son todas las mujeres.
 Y el tío *Orejón*, sentándose al lado de Bautista, tomó con los dedos una tajada de carne.
 Los dos se pusieron á comer con buen apetito, sirviéndose de la misma botella para beber uno y otro trago de vino cuando así se lo pedía el cuerpo.
 —Pues sí, tío *Orejón*,—añadió Bautista;—Genaro se acuerda mucho de sus padres, y yo estoy seguro de que si él se persuade que no siembra sus beneficios en campo es-

téril, hará por Vds. mucho más de lo que ha hecho hasta ahora.
 —Buena falta hace que se acuerde de nosotros, porque los tiempos son malos y la *Venta del Sol* va de capa caída.
 —Pero voy á darle á V. un consejo; si Genaro sabe lo que á mí me han dicho en Guadix, entonces me temo que no se acuerde más de ustedes.
 El posadero levantó poco á poco la cabeza y fijando su mirada sombría en aquel hombre que al parecer se entrometía y criticaba su vida privada, dijo con esa calma que es muchas veces precursora de la tempestad:
 —¿Y qué pueden haberle dicho á V.? ¿Que soy pobre? Eso no es deshonor. ¿Que en mi venta falta todo? ¿Que los trajinantes y los pasajeros no encuentran lo que necesitan? Eso no es culpa mía, sino de la perra desgracia que ha cogido á los *Orejones* por el cogote y no les deja resollar.
 —Es que me han dicho cosas,—añadió Bautista bajando la voz,—que yo no puedo creer y una prueba de ello es que me encuentro aquí.
 —¿Y qué cosas son esas?—preguntó el ventero mirando siempre á su huésped.
 —Aseguran que el tío *Orejón* desaparece algunas temporadas de su casa y se le ve por la sierra con malas compañías.
 —Eso no es verdad... Pero aunque lo fuera, ¿quién se lo había de decir á Genaro allá en América?—preguntó en són de amenaza el ventero.
 —Tío *Orejón*, en este mundo tarde ó temprano todo se sabe, y podía decirselo alguno que fuera por allá.
 —¿Usted por ejemplo?
 —No seré yo á fe mía, porque no me gusta indisponer á las familias, y además, ya he dicho que no creo nada.
 —No quisiera otra cosa, sino que V. me pusiera delante del que le ha dado tan malas noticias de mí, á ver si me las mantenía en mi propia cara.
 En este momento un perro comenzó á dar grandes aullidos junto á la puerta del parador.
 La ventera y su hija suspendieron la animada conversación que mantenían en voz baja; el ventero se estremeció, porque un perro que aúlla dolorosamente de noche, es siempre motivo de preocupaciones para cierta gente.
 —Ese es mi perro,—exclamó Bautista levantándose;—es mi pobre *Sultán*: se me perdió en Guadix, ó por mejor decir, me lo robaron esta mañana mientras almorzaba en la posada. *Sultán* es un hermoso mastín mejicano; se conoce que ha logrado escaparse y como tiene grandes narices ha venido siguiendo mi rastro.
 El perro continuaba aullando cada vez más fuerte.
 —Deme V. el farol; voy á abrirle la puerta.
 —Yo iré,—añadió el tío *Orejón* levantándose.
 —No, no: *Sultán* es muy noble cuando conoce á las personas, pero cuando está inquieto y receloso, como debe estarlo ahora, no es prudente fiarse de él.
 Y Bautista, cogiendo el farol y un gran trozo de pan, se dirigió precipitadamente hacia la puerta.

III

Reparto del botín

Apenas había salido el huésped de la cocina, el tío *Orejón* de dos saltos se reunió con su mujer y con su hija, y les dijo:
 —¡Basta de gruñidos!... ¡Basta de cuestiones por cuatro pingos que no valen una patata!... La fortuna se nos ha entrado por la puerta; el diablo, á quien se lo hemos pedido mil veces, por fin nos la envía y seremos unos bestias si no nos aprovechamos de la ocasión. Ese hombre trae un tesoro consigo y es preciso que nos apoderemos de ese tesoro á todo trance. Arreglad la habitación que tiene una ventana que da al corral, quitad la llave de la puerta para que no pueda encerrarse por dentro, y luego, cuando se quede dormido, todo será cuestión de media hora.
 —Sí, pero yo quiero de parte la cadena de oro,—dijo Serafina con sombría entonación.
 —Tú siempre eres la misma, mala pécora,—añadió el posadero cerrando los puños y mirando á su hija de un modo amenazador.—Lo primero es lo primero: la herencia de un muerto es más segura que la de un vivo, porque el muerto no reclama nada. Como vosotras inspiráis menos desconfianza que yo, tal vez será preciso que le deis el primer golpe, luego se le mete en un saco y á la cueva, se le entierra y asunto concluido. No será el primero, ni tal vez el último.
 —A mí me es igual,—repuso Serafina con voz sombría,—dar el primer golpe que el último, pero ya he dicho que quiero para mí la cadena de oro.
 —A tí hay que matarte ó dejarte,—contestó el tío *Orejón*, dando un manotazo en la cabeza de su hija.—Tendrás la cadena de oro; yo me quedaré con las pistolas, la zamarra y el caballo.
 —¿Y yo no me quedo nada?—preguntó la tía *Orejona*.
 —Ya vosotras habeis elegido, yo quiero los diamantes que lleva en la pechera.
 —¡Los diamantes!... ¿Y qué va V. á hacer con los diamantes?—preguntó Serafina.
 —Lo que á tí no te importa, bachillera.
 Y la tía *Orejona* se abalanzó con las manos crispadas hacia su hija.
 El tío *Orejón* la cogió bruscamente por un brazo, y dijo:
 —Haya paz, Sinfioriana, porque la noche está sombría y voy viéndolo todo de color de sangre. Cuando termine-

mos la faena, cuando el botín sea nuestro, ya veremos el modo de repartirlo lo mejor posible; con que callando y arreglar la habitación que he dicho.
 —¿Y si ese hombre no quiere acostarse?—preguntó Serafina.
 —Entonces un golpe por la espalda se da con facilidad y rapidez, y ya veremos de aprovechar la ocasión.
 La tía *Orejona* y Serafina salieron refunfuñando de la cocina. El posadero se sentó junto á la mesa y poco después entró Bautista.
 —Efectivamente,—dijo,—era mi pobre *Sultán* con una soga al cuello y en un estado deplorable; se ha bebido un cubo de agua, se ha comido medio pan y se ha echado en el pesebre junto á mi caballo.
 Y mirando en derredor suyo añadió:
 —¿Qué se han hecho las mujeres?
 —Han ido á arreglar el cuarto de V.,—contestó el tío *Orejón*.
 —No vendrá mal dormir algunas horas, he madrugado mucho y debe ser tarde.
 Bautista sacó un reloj de oro del bolsillo de su chaleco, y después de mirar la esfera, añadió:

(Continuará)

TRABAJO HUMANO

Razas de conquistadores y pueblos de esclavos nos presenta constantemente la historia de la humanidad. Mientras de la esclavitud dependió la producción de las cosas necesarias á la vida, y mientras á la conquista y al botín de las naciones adelantadas debieron todos los pueblos superiores los refinamientos del lujo, es claro que el trabajo había de considerarse como una maldición.
 La guerra y la esclavitud eran entonces los únicos medios de gozar las comodidades de la vida; y, por consecuencia, una sola palabra, DOLOR, compendió la historia de la masa general de los hombres; y otra sola palabra, la palabra TIRANÍA, simbolizó la historia de las razas triunfadoras.

* *

De esos ominosos tiempos todavía llegan hasta nosotros preocupaciones inveteradas. Todavía existe la esclavitud en muchos puntos; todavía la holganza y la disipación, constituyen las degradantes ocupaciones de la mayor parte de las clases ricas; y el esfuerzo muscular, la penuria y la abyección, son aún las perennes calamidades de las clases pobres; por lo cual merecen el aplauso de todos los buenos, cuantos traten de desterrar á las tinieblas del olvido, así las antiguas preocupaciones que envilecían el trabajo, como los privilegios que enaltecían las voluptuosidades de la ociosidad.

Y, una de las primeras tareas que han de imponerse cuantos traten de terminar la gran revolución del ennoblecimiento del trabajo, es la de patentizar, que el trabajo HUMANO no consiste precisamente en el empleo de las fuerzas musculares; sino en el ejercicio de las fuerzas mentales, y en la sostenida serie de actos que informa la perseverancia de la voluntad.

Tan trabajador es el inventor de una máquina como el que emplea su energía en hacerla funcionar. El ingeniero que la concibió, el dibujante que la trazó, los modelistas que le dieron forma, los que la fundieron, los que la ajustaron, los que la condujeron al mercado conveniente... son tan trabajadores, como los que, haciéndola meramente funcionar, transforman los materiales brutos de la naturaleza en los primorosos artefactos de la industria.

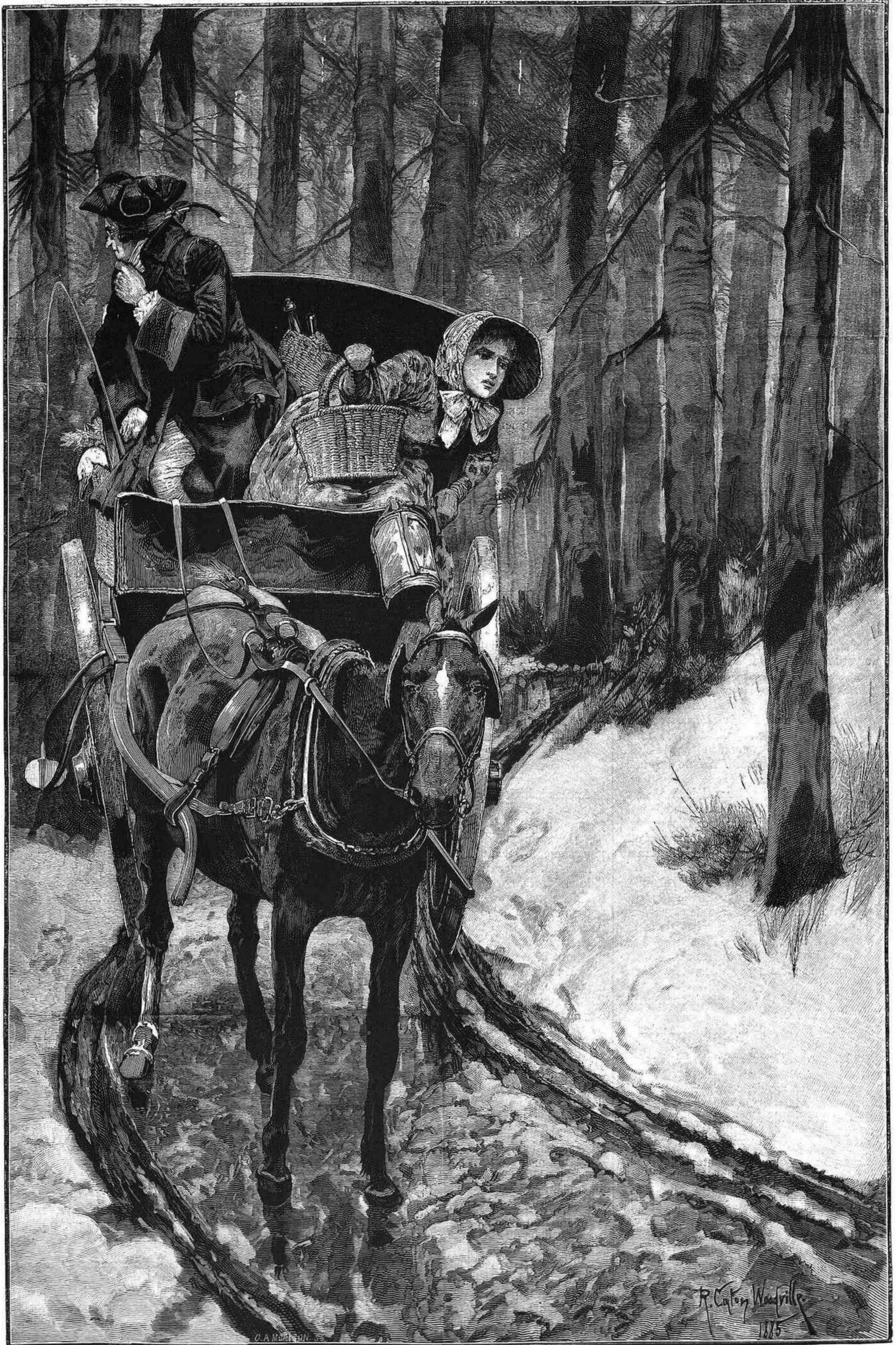
* *

Claro es que, el TRABAJO HUMANO, el propiamente HUMANO, tiene, en este respecto que venimos examinando, un sentido muy diferente del que, á la palabra TRABAJO se da en mecánica. En la idea de trabajo mecánico, entran tres conceptos: el de PESO levantado: el de ESPACIO recorrido por el peso; y el de TIEMPO invertido en el movimiento. *Caballo-vapor*, es la fuerza capaz de levantar 75 kilogramos á la altura de un metro, en un segundo. Una caída de agua, la fuerza del viento, la onda de la marea, las olas del mar; el calor... pueden por medio de organismos adecuados, efectuar semejante trabajo, una ó muchas veces; así como al ESFUERZO REUNIDO DE GRAN NÚMERO DE OBREROS ó de gran número de animales domesticados es dado contrarrestarlo ó producirlo. Pero los esfuerzos puramente musculares, no constituyen TRABAJO ESENCIALMENTE HUMANO, SINO TRABAJO DE HOMBRE, que la bestia en gran número de casos y las fuerzas naturales siempre, pueden ventajosamente sustituir.

* *

No todos los trabajos humanos son de igual categoría. El trabajo que requiere muchos anteriores, un gran capital científico, alcanza puesto de honor más preeminente en la escala de los merecimientos. Ligeros estudios previos bastan al maquinista, para hacer funcionar el mecanismo que le está encomendado. Pero muchos conocimientos anteriores fueron necesarios al inventor que le dió vida.

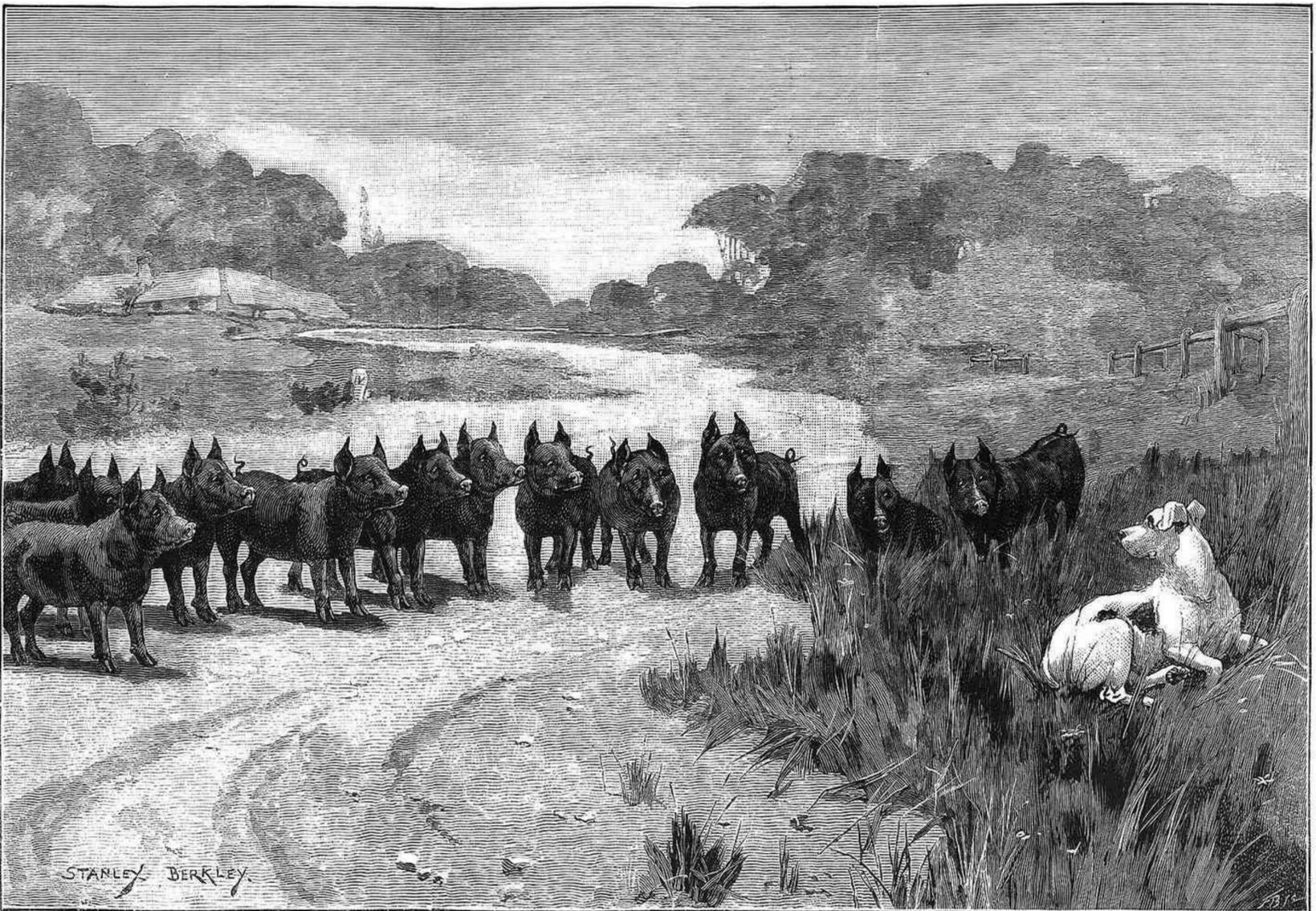
Mientras el trabajo humano se acerca más al trabajo mecánico DE HOMBRE menos remuneración obtiene, más tiempo exige, y menos permite el ennoblecimiento y la realización íntegra del sér. Y mientras más intelectual



EXTRAVIADOS, dibujo de R. Catón Woodville



EL BESO MATUTINAL, dibujo de A. Ehtler



EL ATAQUE, dibujo de Stanley Berkley

es el esfuerzo, mayor es su remuneración, y mayor la gloria que al trabajador produce.

* * *

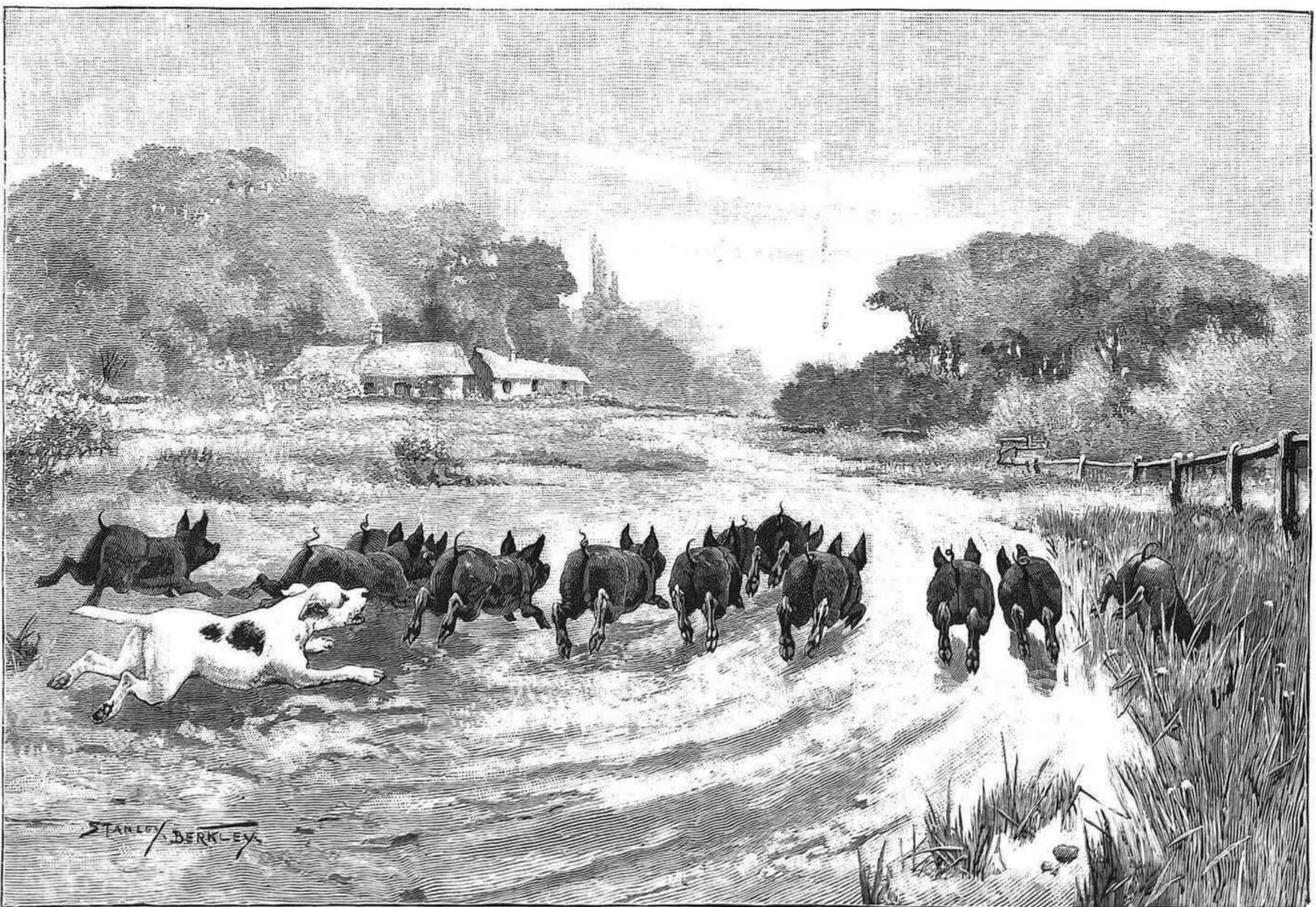
Esto no quiere decir, en modo alguno, que los trabajos intelectuales estén reñidos con el desarrollo exquisito de las facultades físicas; antes bien la educación física, forma parte de la intelectual.

La exactitud de los órganos; la finura en la percepción de los detalles; la delicadeza, la claridad, la plenitud, la sonoridad, la dulzura, la flexibilidad, la insinuación y el

vigor de la voz; la actividad, la fortaleza, la agilidad, la destreza del cuerpo... son cualidades indispensables al viajero, al estenógrafo, al litógrafo, al pintor, al escultor, al músico, al arquitecto, al orador, al ingeniero, al médico, al químico, á cuantos cultivan las ciencias naturales, en una palabra á todos los hombres, sea la que fuere su profesión habitual. La lectura en alta voz, el canto y la gimnasia, son el mayor preservativo contra la tisis. La habilidad manual nos hace en algún modo independientes de los otros hombres: Arquímedes fabricaba por sí mismo sus admirables máquinas: Galileo hacía sus propios teles-

copios: Torricelli sus barómetros; Leonardo de Vinci, Rogerio Bacón, Keplero, Pascal, Newton Franklin, Bufón, Walt, Cuvier... hicieron de su habilidad manual, el primer escalón para elevarse á la celebridad y á la fortuna.

Y, ¿se concibe un Fidias, un Praxiteles, un Rafael, un Miguel Angel... sin manos que sepan realizar lo que en la fantasía les apareció en imágenes? Una habilidad manual extraordinaria hace de un violinista un Sarasate. Un gobierno supremo y una educación portentosa de órganos privilegiados del sonido, constituye un Gayarre.



LA FUGA, dibujo de Stanley Berkley



LA NOCHE, alegoría de F. Lefler

No todos los hombres eminentes que han dedicado su tiempo á trabajos superiores han logrado, sin embargo, recompensa.

En un hospital murió Camoens, el Virgilio portugués, autor de *Las Lusíadas*, poema salvado de un naufragio horrible, porque el autor constantemente lo llevó con la mano izquierda fuera del agua tempestuosa.

Cervantes vivió siempre en la penuria: ¡el gran Cervantes, el genio sin rival, conoció muy de cerca la miseria!!!

Sauvage, preso en Boulogne por deudas, contraídas en sus experimentos para patentizar las ventajas de la hélice en la propulsión de los buques, se volvió loco (dicen) agarrado á los hierros de su cárcel, al ver un buque maniobrando ágilmente por medio del propulsor cuyas condiciones de máximo efecto había logrado demostrar á costa de su ruina y de su crédito.

Pero... baste. Una biblioteca pudiera hacerse con la biografía de los genios que han muerto en la miseria.

Mas, si á veces el genio termina en un hospital ó en un manicomio, es porque sus facultades se anticipan á su tiempo y producen lo que aun no logra consumo.

El TRABAJO HUMANO, para ser remunerativo, tiene que contar con la demanda; y, por consiguiente, con las condiciones del ambiente social. Locura sería fabricar hielo para Siberia ó mantas y cobertores para el caluroso Congo.

Pero, á pesar de todo, es verdad que, como regla, el abogado gana más que el escribiente, el médico más que el practicante, el arquitecto más que el albañil, el capitán más que el marinero... y en general, el que emplea más inteligencia en su trabajo recibe retribución mayor que aquel cuyos esfuerzos son, ó pueden ser reemplazados por la bestia ó por las fuerzas naturales.

Aun hay quien niega la posibilidad de máquinas capaces de reemplazar los movimientos (apenas seguibles por la vista) de las manos que pliegan y cierran periódicos, que cortan naipes, que empaquetan fósforos... pero ¿quién hace hoy caso de los que negaban ayer la posibilidad de coser con máquina, mejor y más de prisa incomparablemente que la más hábil costurera?

Aun está en la infancia el fonógrafo; pero bien puede profetizarse que no pasará mucho tiempo sin que sean necesarias, para conservar la palabra de los grandes oradores, las habilísimas manos de los taquígrafos.

Todo, pues, cuanto hace ó puede hacer un mecanismo, es y tiene que ser de poca remuneración.

El trabajo inteligente, propio sólo del sér humano, es, pues, por su cualidad de irremplazable, lo que ha de elevar á los trabajadores hasta la fortuna y la felicidad.

**

Así, pues, el gran problema del trabajo humano supone ineludiblemente la resolución de otros dos:

- 1.º el de la instrucción pública:
- 2.º el del dominio de las fuerzas naturales.

**

Exageran, pero no tanto como generalmente se cree los que dicen:

- «Ignorante, luego esclavo.»
- «Esclavo, luego bestia.»

Ambas proposiciones son falsas; pero, en un sentido translativo, hay en ellas mucho de verdad.

El que no sabe es metafóricamente esclavo del que sabe. Y quien tan servilmente depende de otro, no puede aspirar en modo alguno al trabajo propiamente humano.

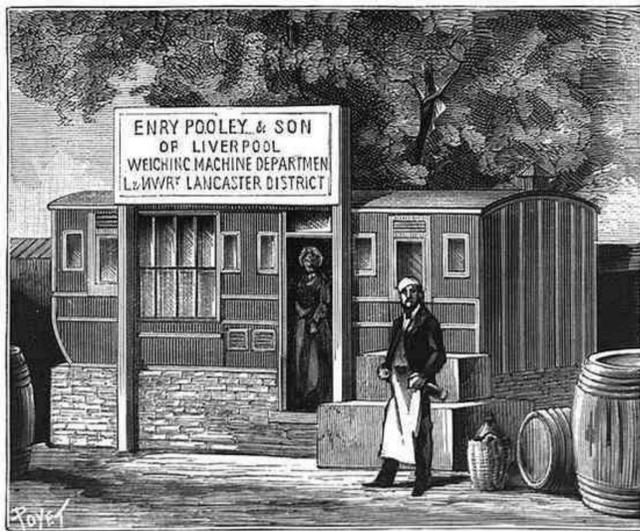


Fig. 1. - Aprovechamiento de un wagón del camino de hierro en Inglaterra

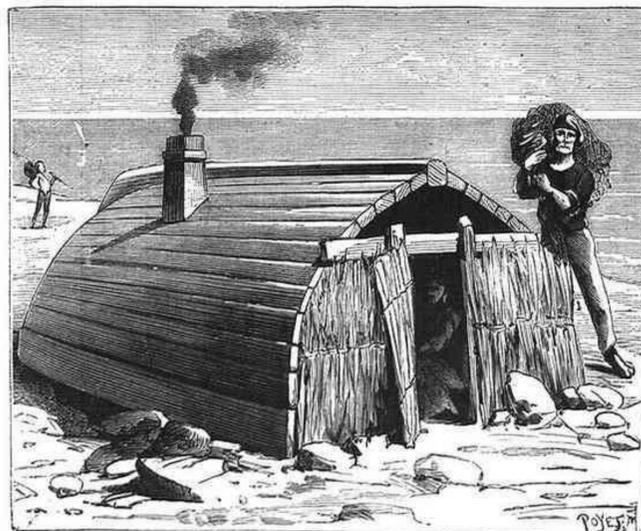


Fig. 2. - Lo que llega á ser una barca vieja en España

Resulta, pues, necesario, absolutamente necesario, difundir los conocimientos de la ciencia y sus aplicaciones prácticas; y pueblo donde hay niños abandonados y donde se cierran escuelas, es pueblo enteramente perdido y sin porvenir. Lo que no se invierte en escuelas se consumirá en presidios. En vez de producir se gastará. Y ¡já sabiendas!

Un pueblo de ignorantes no tiene porvenir.

La producción requiere, aun en las regiones más favorecidas por la naturaleza con dones especialísimos, la vista penetrante de la ciencia que sondea en lo futuro. Porque si un procedimiento nuevo cambia las condiciones de la producción en metalurgia, en agricultura, en navegación, etc., ¡ay del minero ignorante! ¡ay del agricultor obstinado! ¡ay del industrial sin ojos, que no sustituyan inmediatamente lo viejo con lo nuevo! Ruinoso era el procedimiento seguido por España en las minas de Rio-Tinto: hoy Huelva, en virtud de otros procedimientos, es uno de nuestros principales centros de producción.

¿No se han arruinado los naveros que, para servicios regulares y periódicos, se obstinaron en esperar de los caprichos del viento la puntualidad que sólo pueden ofrecer los barcos que llevan al viento en la bodega?

**

Pero el desarrollo integral del hombre exige algo más que la instrucción; porque el ente humano sólo llega á la plenitud de su sér con la educación general de todas sus facultades. *Mens sana in corpore sano*, dijo la filosofía antigua. Y, en efecto, el hombre debe aspirar á algo más que á enriquecer su inteligencia. Bien poco producirá, si su cuerpo, enfermo ó enfermizo, se niega á la asiduidad y á la constancia que requiere todo trabajo mental. Pero la filosofía moderna quiere más todavía. De cuerpo vigoroso é inteligencia cultivadísima puede disponer un criminal; tanto más temible cuanto más instruido y musculoso. Pues qué, ¿no suelen vivir en consorcio tranquilo y sosegado el crimen y la inteligencia? Nó: no existe verdaderamente el sér humano sin lo que se llama el cultivo del corazón. Así pues, cuerpo fuerte, mente sana, y corazón verdaderamente virtuoso constituyen el hombre moral, y son el objeto de la educación perfecta.

**

Pero no es posible que el hombre nutra su inteligencia ni aquilate su corazón, si ha de ganar su pan con el continuo sudor de sus miembros.

El problema de la educación del género humano exige la conquista de las fuerzas naturales; que sólo puede hacerse (como en parte está ya hecha), por las maravillosas potencias de la invención.

Fuerza mecánica no debe, pues, pedirse nunca al hombre. Pues, ¿para qué están los vientos, los saltos de agua, las olas del mar, el calor del sol, el calor central de nuestro globo, la combustión del carbón encerrado en las hulleras?

La fuerza abunda tanto, que causa maravilla la demanda (aun persistente) de fuerza muscular. A treinta mil millones de veces la potencia actual de todas las máquinas de vapor del mundo hay quien hace subir la fuerza (¡hoy enteramente perdida!) del agua que en vapor se eleva sobre los montes de la tierra, y luego desciende al mar en forma de torrentes y cataratas, de arroyos y de ríos.

La sola catarata del Niágara excede en potencia á la de todas las locomotoras juntas que hoy funcionan en la tierra. La catarata del Potaro iguala en fuerza desaprovechada á la del Niágara, si no la excede. Y ¿quién será capaz de calcular la energía de las olas y la de las mareas? ¿quién las del calor central de nuestro globo?

Es preciso, pues, conquistar todas las fuerzas del Cosmos, y eso no se conseguirá nunca sino gastando mucha fuerza cerebral.

**

Sin la ciencia, esto es, sin el trabajo científico, resulta imposible la redención del género humano.

Y no puede haber ciencia nueva sin una cualidad del corazón: sin el AMOR DEL TRABAJO.

LABOR IPSE VOLUPTAS.

LUIS BENOT



Viaje á Filipinas. — Un gobernadorcillo.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los salvajes no se elevan á las concepciones poéticas de los griegos; pues en todas las latitudes, el soplo del viento en el bosque, y los fuegos fatuos en las noches calurosas se atribuyen á potencias invisibles.

Algunos tragos de aguardiente, y una nueva repartición de cigarros recompensan la complacencia de los bailarines; despues se organiza un tiro de arco, y nos convencemos de lo que habíamos previsto: los pobres Negritos son muy poco diestros; y esta es una de las causas de inferioridad que precipitan la desaparición de su raza. En efecto, cuando en contacto con salvajes que son superiores (segun veremos en Mindanao), perseguidos y acosados, se aventuran apenas á plantar algunos bananos y *camotes* (1), los Negritos no tienen más recurso que la caza, recurso que á causa de su poca destreza es esencialmente precario; también tienden lazos, mas para que éstos den algún resultado, deben extenderse en vastos espacios, y es preciso mudarlos con frecuencia.

Los Negritos de la provincia de Bataán, más felices, viven en paz, y es fácil conocer sus costumbres, las cuales explican con una paciencia inagotable. Su jefe, magistrado supremo, juzga con el concurso de los ancianos, cuando los hay en la tribu, todas las infracciones y diferencias. Sólo existe una pena, la de muerte, que se aplica casi á todos los delitos, al robo y al adulterio (2), así como al homicidio; pero estos delitos, lo mismo que los demás, son muy raros.

Ultima per illos
Justicia excedens terris vestigia fecit.

Las costumbres de las jóvenes Negritas son muy morales, pues la menor sospecha las impediría encontrar marido.

La propiedad se halla establecida en sólidas bases: el terreno en que se ha practicado el desmonte pertenece al que lo ha preparado para el cultivo y á sus herederos. Muerto el padre de familia, si la madre vive aún, la herencia se divide en dos partes iguales: la una pertenece á la madre, y la otra á los hijos que la reparten igualmente entre sí.

El cariño de los padres á su progenie es muy profundo, y también sus hijos los aman y respetan. La solicitud con que se cuidan las tumbas indica que estos sentimientos sobreviven á la muerte. Por desgracia no he conseguido analizar con precisión las ideas que los Negritos pueden tener respecto á la suerte de los difuntos.

Las costumbres de los Tagalos son mucho menos sencillas; pero aquí, como en las demás provincias, las relaciones de los servidores y obreros con el amo son bastante francas; salvo algunos golpes de bejuco (3) aplicados de vez en cuando, á pesar de la ley, no se ve en las casas tagalas esa reserva por una parte, y ese aire frío, por otra,

(1) *Convolvulus batatas*; su cultivo, muy común en todo el archipiélago, es de los más fáciles; su tallo produce numerosas raíces, que desarrollan tubérculos comestibles.

(2) En estos últimos tiempos, el Sr. Chaves ha conseguido que le sean entregados aquellos á quienes el jefe condena; la autoridad española conmuta la sentencia en algunos años de presidio.

(3) Bejuco es el nombre que se da al tallo de diversos *calamus* (*rotang* de los malayos), término corriente en todos los dialectos indígenas; el uso de este medio de corrección se limita más cada día, pero aun está muy generalizado en las Filipinas.

que se observa cada vez más en nuestras grandes ciudades.

Varias veces hemos pasado la noche en casa de notables de Balanga, ó en la de un gobernadorcillo. Al entrar es casi imposible distinguir á los amos de los criados, pues unos y otros están descalzos y visten de igual manera; saludan y mastican el buyo (4) del mismo modo. No obstante, cuando nos sentamos, la servidumbre, siempre muy numerosa, abandona el salón; pero se queda en el umbral de las puertas, siempre abiertas, porque rara vez ven á un europeo, como no sean los curas y los funcionarios públicos. Su actitud es á la vez libre y respetuosa, y manifiestan el placer que les causa oír tocar el piano y el arpa, acompañamiento obligado de todas las tertulias tagalas. El mobiliario de las habitaciones, aun de las más ricas, se distingue por su extremada sencillez: salvo los instrumentos de música, que á esta distancia de París y de Madrid representan una suma bastante considerable, no se suelen ver más que muebles sin valor; sillas de bejuco de todas formas, imágenes de santos colgadas en la pared; y á veces un libro de oraciones impreso en Manila, y que por el papel y el conjunto tiene el aspecto de una publicación del siglo XVII. En algunas casas he visto debajo de un globo de cristal pequeñas estatuas que representaban una escena piadosa. Estos objetos, fabricados en Manila, tienen gran valor; las partes desnudas, siempre de marfil, están correctamente esculpidas, y las ropas cubiertas de adornos de oro macizo.

Todo cuanto se refiere al culto, está lleno de riqueza: se ha visto que las iglesias, los campanarios y los conventos eran los únicos edificios de piedra. Por la noche, al atravesar los pueblos sumidos en la oscuridad y entregados al descanso, divisase en la maciza fachada de las iglesias un espacio iluminado, donde la estatua policroma del patrón de la localidad aparece como un soberano, inmutable de los fieles que duermen bajo su protección.

La fe de estos pueblos es completa, absoluta; pero aquí, lo mismo que en otras partes, no es un obstáculo para las supersticiones. Al pasar una noche junto á una espesura de bambúes, nuestro guía nos dice que á la luz de la luna se ven algunas veces jinetes blancos seguidos de una trailla de perros, que vienen á rondar y á cantar al rededor de esos esbeltos tallos; la aparición es siempre funesta; el que ve á los blancos fantasmas comienza á enfermar y no tarda en morir. Las sensaciones percibidas por la inteligencia inculta son las mismas en todas partes; y los Tagalos explican, poco más ó menos como nuestros campesinos ignorantes, la influencia depresiva de la noche y las causas de la tisis pulmonar.

Salimos de Balanga el 15 de agosto y volvemos el mismo día á Manila.

III

Albay (Luzón)

2 setiembre. — Nuestro amigo M. Genu nos acompaña á bordo del *Cebú*, y preséntanos al capitán, D. Liborio de Tremaya, que se pone á nuestra disposición con una cortesía verdaderamente castellana.

A las nueve se da orden de largar amarrias, y al medio

día salimos de la bahía de Manila. Las horas pasan rápidas, pues acabamos de trabar conocimiento con D. Manuel Ruíz de Obregón, promotor fiscal de la provincia de Albay, que vuelve á ocupar su puesto, y que habla correctamente el francés, siendo su conversación de las más instructivas.

A las siete de la noche pasamos entre Luzón y la pequeña isla de Maricaban; y á las ocho anclamos en la rada de Balanga, capital de la provincia del mismo nombre, tal vez la más rica de las Filipinas. A este punto es á donde se dirigen todos los viajeros para visitar el famoso volcán de Taal, que se divisa en el último confín del horizonte; pero si nos detuvieran todos los atractivos de Luzón, no sé cuándo acabaría nuestro viaje. Tenemos orden de visitar sobre todo las regiones que se conocen poco, y las desconocidas.

3 setiembre. — Aparejamos á las dos de la madrugada, deteniéndonos cinco horas despues en la encantadora bahía de Laguimanoc, pequeño caserío que desaparece en medio de los cocoteros, y que se cree destinado á un gran porvenir, pues ya es el centro de un comercio bastante activo, sobre todo con Pasacao. En la bahía, muy segura, aunque sólo tiene de cuatro á cinco brazas de fondo, están anclados ocho buques de trescientas á quinientas toneladas.

Continuamos muy pronto el viaje, siguiendo la costa de Luzón á corta distancia de esta; es muy accidentada, y tan pronto presenta ribazos cortados á pico como altas colinas cubiertas de magníficos bosques.

A eso de las diez cruzamos por delante de la isla Marinduque, donde una enorme estribación nos recuerda por su corte rectangular el aspecto de Bonifacio. En Marinduque hay mucha población y bastante cultivo, sobre todo en su parte occidental. En cuanto á la gran isla de Mindoro, situada más al sudoeste, era en otra época el granero de las Filipinas: Mindoro fué colonizada por los PP. de la Compañía de Jesús; y en el siglo pasado, la supresión de la Compañía fué un golpe fatal para su prosperidad, completando su ruina las incursiones de los moros (5). Actualmente la población tagala, muy escasa, se ha concentrado en las orillas; algunos Manguianes medio salvajes, que parecen ser de la misma raza que los Tagalos, vagan errantes en los espesos bosques del interior, que cubren las ruinas de los pueblos florecientes en otra época.

A la altura de Marinduque, la costa de Luzón comienza á variar de aspecto: los bosques están cortados á menudo por inmensas praderas de cogón (6); esta gramínea invasora cubre extensos espacios en todo el archipiélago; se implanta á menudo en los desmontes abandonados, pero tiene poca utilidad; empléase á veces para cubrir las casetas; y cuando está amarilla y tierna se da á los búfalos y caballos, á falta de mejor forraje.

A las nueve de la noche. — Hemos anclado en la rada de Pasacao, á una regular distancia de la orilla, con cuatro brazas de fondo, y desembarcamos á la luz de la luna, cuyos rayos iluminan un islote situado en medio de la bahía como un canasto de flores; las sombras profundas señalan el relieve de los ribazos, coronados de un verde



Viaje á Filipinas. — Velada en casa de una familia tagala

oscuro. Pasacao se parece á Laguimanoc, que se asemeja á todos los demás caseríos de Luzón; es el puerto de Naga, ó Nueva Cáceres, cabeza de distrito de la provincia de Camarinas Sur. Naga es obispado, y tiene una escuela normal de institutrices ó maestras para las provin-

cias *bicoles*. Deseamos buen viaje y un triunfo académico á dos jóvenes que emprenden la marcha para conquistar sus grados en aquel instituto.

(Continuad)

(5) Los españoles y los indios dan el nombre de moros á todos los malayos mahometanos de Palawan, Mindanao, Joló, Borneo, etc.

(6) *Saccharum Kenigt*, L. *Imperata arundinacea*, Brgn.

(4) El betel.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON